

clavo! Esos grandes conquistadores, que tan gloriosos nos representan, son semejantes á los rios que salen de madre, y parecen tan magestuosos; pero que inundan, arrollan y destruyen las fértiles campiñas que debian solo regar.

Encantado Telémaco de las costumbres de la Bética, que tan bien acababa de describir Adoam, le hizo varias preguntas curiosas. Fué la primera, si bebian vino sus habitantes.

Ni lo beben, ni lo han bebido nunca, le respondió Adoam: no porque les falten uvas, que en ninguna parte se crian mas dulces, sino porque se las comen como las demas frutas, temiendo al vino como á un corruptor. Este, dicen, es un veneno que pone al hombre furioso, y si bien no le mata le transforma en bestia. Sin su uso pueden conservarse la salud y las fuerzas; y usando de él, se está muy á pique de arruinar la salud y las buenas costumbres.

Yo quisiera saber, siguió Telémaco preguntando, que leyes reglan sus matrimonios. A nadie, le respondió Adoam, se le permite mas de una muger, que se obliga á conservar miéntras le dure la vida. Allí tanto depende el honor de los hombres de su fidelidad respecto de las mugeres, como en otras naciones depende el honor de las mugeres de ser fieles á sus maridos. Jamas hubo pueblo tan honesto ni tan zeloso de la pureza. Las mugeres son hermosas y agradables; mas sencillas, modestas y laboriosas. Los consortes son pacíficos, fecundos y sin defectos: una alma sola parece que anima ámbos cuerpos: reparten entre sí los cuidados domésticos: encárgase el marido de los de fuera, y la muger de los de la casa: alivia á su marido, y parece que solo ha nacido para agradarle: merece su confianza, la cual se la ha

procurado ménos con su hermosura que con su virtud; haciendo que dure tanto el contento de su union como la vida, que siempre es allí larga á beneficio de la sobriedad, la moderacion, y las costumbres puras, que les precaven de enfermedades. Vense ancianos de ciento, y de ciento y veinte años, que todavía respiran alegría y valor.

Réstame aun saber, añadió Telémaco, de qué modo evitan la guerra con sus vecinos.

La naturaleza, le respondió Adoam, les ha separado de los otros pueblos por una parte con el mar, y por el norte con altas montañas. Ademas las otras naciones respetan su virtud. Muchas veces, cuando ellas no se convienen en sus diferencias, les eligen por árbitros, y les confian las tierras y las ciudades, cuya posesion disputan: y como jamas han hecho violencia á nadie, nadie desconfia de ellos. Ríense cuando se les habla de aquellos reyes que no pueden arreglar entre sí los límites de sus estados. ¿Temen por ventura, dicen, que falte tierra á los hombres? siempre tendrán de sobra mas de lo que puedan cultivar. Miéntras hubiese en el mundo tierras libres é incultas, no defenderíamos nosotros las nuestras contra cualquiera que viniese á ocuparlas. No tiene la Bética orgullo, altanería, mala fé, ni codicia en estender su dominio; y por consiguiente, como ni sus vecinos tienen que temer de ella, ni ellos tienen para que hacerse temer, la dejan vivir en paz y tranquilidad. Es este un pueblo que abandonaria su pais, y se entregaria á la muerte ántes que rendirse á la esclavitud: tan difícil es subyugarle, como que él piense en subyugar; y este sistema es el que constituye una paz inalterable entre él y sus vecinos.

Concluyo Adoam refiriendo el modo con que hacian

los Fenicios su comercio en la Bética. Admiráronse, dijo, estos pueblos al vernos ir de tan léjos atravesando mares: dejáronnos fundar una ciudad en la isla de Gades (1): nos recibiéron con la mayor beneficencia, y aun nos diéron generosamente parte de cuanto tenían. Ofreciéronnos además todas las lanas que les sobrasen; y con efecto nos hicieron de ella un rico presente, porque es mucho el placer que tienen en dar á los estrangeros lo que les sobra.

Sus minas nos las abandonáron sin dificultad, porque á ellos les eran inútiles. Parecíales poca prudencia la de unos hombres que por entre tantos trabajos iban de tan léjos á buscar en las entrañas de la tierra lo que ni puede hacerles felices, ni satisfacer ninguna de sus verdaderas necesidades. No caveis, nos decian, tan profundamente la tierra: contentaos con labrarla, y ella os dará verdaderos bienes que os alimenten: de ella sacaréis frutos, que valen más que el oro y la plata; pues que el hombre no busca estos metales más que para comprar con ellos los alimentos que sustentan la vida.

Muchas veces quisimos enseñarles el arte de la navegacion, y llevar algunos jóvenes á Fenicia; pero jamas permitiéron que sus hijos aprendiesen á vivir como nosotros. Así fuera, nos decian, como ellos se enseñarian á tener por precisas esas cosas que ya se os han hecho necesarias: querrian adquirirlas; y si no hubiera otro medio de obtenerlas, á despecho de la virtud, se valdrian de la violencia. Vendrian á ser como el que teniendo buenas las piernas, por no andar ha perdido el uso de ellas, y tiene en fin que acostumbrarse á la

(1) Esta es Cadiz, como se ha notado ya.

necesidad de que otro le lleve como á un enfermo. Miran la navegacion como un arte admirable por su industria; sin embargo le miran como pernicioso. Si estas gentes, dicen, tienen en su tierra con abundancia lo que es necesario para la vida, ¿qué es lo que van á buscar en las estrañas? ¿Acaso lo que basta á satisfacer las verdaderas necesidades no les es á ellos suficiente? En verdad que merecen mil naufragios los que así exponen la vida al rigor de las borrascas por saciar la codicia de los comerciantes, y lisongear las pasiones de los demas hombres.

Fuera de sí Telémaco del regocijo que le causó la noticia de que aun hubiese en el mundo una nacion que, gobernada por las leyes de la sencilla naturaleza, fuese á un mismo tiempo tan sabia y tan dichosa, exclamó: ¡O, cuanto se desemejan sus costumbres de las de los pueblos que tenemos por los más sabios! Estamos tan viciados, que apenas podemos persuadirnos que subsista una sencillez tan natural: nosotros miramos las costumbres de ese pueblo como una ingeniosa fábula, y el debe mirar las nuestras como un sueño monstruoso.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.